

RITUAL, JERARQUÍAS Y SÍMBOLOS EN LAS EXEQUIAS REALES DE MURCIA (SIGLO XV)*

José Damián González Arce/Francisco José García Pérez

Peu de travaux sur les funérailles des rois de Castille au Moyen-Age ont été réalisés à partir de l'étude des actes capitulaires. Nous prétendons étudier ici l'exemple de Murcia en prenant comme point de départ les renseignements de son Conseil. Dans l'analyse de la mort des rois (Jean II, Henri IV, Isabelle I), et des princes (Alphonse, frère d'Henri IV, que Murcia reconnaîtra comme roi pendant la guerre civile qui les opposa; et Jean, fils des Rois Catholiques), nous avons trouvé une richesse cérémonielle pleine d'une série d'éléments symboliques riches et variés ainsi qu'une vaste explication détaillée du traitement que de tels événements ont eu dans la physionomie de la ville devenue un véritable théâtre funèbre. Les représentations funèbres se composent de trois actes: le premier étant la cérémonie civile, le deuxième la procession et, le dernier, la cérémonie religieuse. Nous allons ici faire une synthèse des éléments des cérémonies funèbres qui ont eu lieu à Murcia au cours de tout le XVe siècle pour recomposer des funérailles idéales dont nous étudierons les parties essentielles comme une grande représentation théâtrale: premièrement les scènes et les décors, ensuite, les acteurs et le drame.

* Este trabajo, bajo el título de "Rituel, hiérarchie et symboles aux obsèques royales à Murcia au XVe siècle" y traducido al francés, fue presentado en Estrasburgo, en la *Seconde Conference Internationale d'Histoire Urbaine*, en septiembre de 1994.

Son escasos los trabajos sobre los funerales de los reyes de Castilla en la Edad Media que se han realizado a partir del análisis de las actas capitulares de un concejo. Pretendemos estudiar aquí el ejemplo de Murcia a través de las citas existentes en sus actas concejiles. En el análisis de la muerte de los reyes (Juan II, Enrique IV e Isabel I) y de los príncipes (Alfonso, hermano de Enrique IV, que Murcia reconocerá como rey durante la guerra civil que les enfrenta, y Juan, hijo de los Reyes Católicos) hemos encontrado una riqueza ceremonial llena de símbolos. Las representaciones funerarias se componen de tres actos: la ceremonia civil, la procesión y la ceremonia religiosa. Todo configura una gran representación teatral que hemos analizado: primero las escenas y los decorados, después los actores y el drama.

PALABRAS CLAVE: Muerte, monarquía, funerales, luto, teatro, Murcia, Baja Edad Media.

Death, monarchi, obsequies, mourning, theatre, Murcia, later middle ages.

La muerte, todavía más la del rey, tiene sus escenarios urbanos, su espacio físico; sus propias representaciones, actores y protagonistas; sus normas de exteriorización.

Pocos trabajos sobre los funerales reales medievales castellanos se han realizado a partir del estudio de las actas capitulares¹. En unos casos, se ha partido del análisis de las crónicas reales y de los lugares donde se encontraban los propios reyes en el momento de su muerte; en otros casos, de los lugares adonde fueron trasladados sus cuerpos para el enterramiento; o en último extremo, de la ciudad donde en esos momentos se encontraba su sucesor².

Como ya hiciéramos en un trabajo anterior³, aquí hemos pretendido estudiar el ejemplo de Murcia, partiendo de la información de su Concejo. Éste, durante el siglo XV, nos proporciona toda una suerte de descripciones, que con el tiempo irán ganando en riqueza, colorismo y minuciosidad de detalles, muy útiles para comprobar el paso de la estética medieval a la renacentista. Junto a ésta, no han de olvidarse las motivaciones políticas y la simbología, elementos aglutinantes de toda una serie de actitudes sociales, que encontraban en los funerales reales, como en las entradas reales, una

1 Por citar algunos ejemplos, Romero Abao, A.: *Las fiestas de Sevilla en el siglo XV*, Madrid, 1991; y, Foronda y Aguilera, M. de: "Honras por Enrique IV y proclamación de Isabel la Católica en la ciudad de Avila", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, nº 63, Madrid, 1945; Núñez Fernández, A.: "Fiestas laicas y fiestas profanas en el Madrid medieval", *Madrid Medieval. Sus tierras y sus hombres*, Madrid, 1990.

2 Menjot, D.: "Un Chrétien qui Meurt Toujours. Les Funérailles Royales en Castille á la fin du Moyen Age", *La Idea y el sentimiento de la muerte en la Historia y en el Arte de la Edad Media*, Santiago de Compostela, 1988; Nieto Soria, J. M.: *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, 1993; Varela, J.: *La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, 1990; Camón Aznar, J.: *Sobre la muerte del Príncipe D. Juan*, Madrid, 1963

3 García Pérez F. J. y González Arce, J. D.: "Los funerales reales en sus escenarios urbanos. Murcia, siglo XV", *Medievalismo y neomedievalismo en la arquitectura española: La arquitectura y la muerte*, (en prensa).

forma de expresión apropiada. Al funeral siguió inmediatamente la ceremonia de proclamación del nuevo rey.

En el análisis de las muertes de reyes (Juan II, Enrique IV, Isabel I) y de los príncipes (D. Alfonso, hermano de Enrique IV, al que Murcia reconociera como rey en la guerra civil que los enfrentó; y D. Juan, hijo de los Reyes Católicos), hemos encontrado una riqueza ceremonial repleta de una serie de elementos simbólicos ricos y variados, además de una explicación amplia y detallada del tratamiento que tales eventos tuvieron en la fisonomía de la ciudad que se convirtió en un verdadero teatro fúnebre⁴.

Tres actos componían las representaciones fúnebres: el primero la ceremonia civil, el segundo la procesión, el último la ceremonia religiosa; el segundo conectaba los lugares físicos donde se celebraban los otros dos. Antes de todo esto se daba un preámbulo, que consistía en la recepción de la noticia por parte de la ciudad y el inicio de los preparativos. Aquí vamos a sintetizar los elementos de las ceremonias fúnebres celebradas en Murcia a lo largo de todo el siglo XV, para recomponer un funeral ideal, del que estudiaremos sus partes esenciales como gran representación teatral: primero los escenarios y los decorados, luego los actores y el drama.

ESCENARIOS Y DECORADOS

Enterada la ciudad del fallecimiento de algún rey o príncipe, incluso sin esperar la comunicación real, se iniciaban los preparativos. El concejo prohibía mediante pregon el ejercicio de toda profesión en cualquier lugar público; sólo se podía trabajar en los espacios privados, en el interior de las tiendas y obradores y con las puertas cerradas; nada de fiestas, de música de tamborines, vihuelas u otros instrumentos, nada de cantos; nada de actos de placer hasta un nuevo pregón, bajo la amenaza de severas penas. Además se debía hacer provisión de toda la cera y tela de jerga para lutos existentes en la ciudad. Tras tomar estos acuerdos, y antes de abandonar la cámara de reuniones, el concejo vestía jergas negras, pasando a ser así muertos en vida, solidarios con el difunto⁵.

Después se dispusieron dos clases de escenarios principales que debían acoger

4 Sobre las ceremonias fúnebres organizadas por el concejo de Murcia en honor de los reyes difuntos, Archivo Municipal de Murcia (A.M.M) vid. sus actas capitulares (A.C.), cartularios reales (C.R.) y legajos (Caja nº..., leg...). Juan II: C.R. 1453-78, fol. 34 r-v; A.C. 1454, fols. 17r-24r, 33v; Caja nº 1, leg. 118. Príncipe D. Alfonso: C.R. 1453-78, fol. 215r; A.C. 1468, fols. 13v-16r y 18v-19r. Enrique IV: C.R. 1453-78, fol. 221r; A.C. 1474, fols. 111v-115r y 133v. Príncipe D. Juan: C.R. 1494-1504, fols. 35r-36r.; A.C. 1497, fols. 49v-52v y 82r. Isabel I: C.R. 1494-1504, fol. 240r; A.C. 1504, fols. 68r-70r. Para algunos trabajos locales: Torres Fontes, J.: "Honras en Murcia por Isabel la Católica", *Boletín Ayuntamiento de Murcia*, nº 12, 1967; y, "Dos fechas de España en Murcia", *Anales de la Universidad de Murcia. F. Filosofía y Letras*, IV, Murcia, 1945-46; Molina Molina, A. L.: *La vida cotidiana en la Murcia bajomedieval*, Murcia, 1987 pp. 152-154.

5 Sobre diversos edictos promulgados por algunos concejos que hacían obligatorios los lutos y prohibían los vestidos de otros colores, Varela, *cit.*, p. 33.

los actos. En cada uno se había de colocar una cama, a modo de túmulo de altura variable de entre 8 y 10 gradas, cubierta de ricas telas negras, a veces seda. Sobre la cama descansaban unas andas, que servían para transportar un ataúd, todo ello también cubierto de paños finos de luto. Los espacios donde eran colocadas las camas eran uno civil y externo, una de las más importantes plazas de la ciudad; el otro eclesiástico e interno, la iglesia catedral. Ambos sirvieron de marco para las ceremonias de homenaje y despedida, la primera civil, a cargo del concejo y en la calle; la segunda religiosa, a cargo del cabildo. Entre ellas la procesión que convertía a la ciudad, sus calles y plazas en un decorado para las dos actuaciones escénicas más importantes⁶.

La primera escena se desarrolla en una plaza pública, el ámbito civil del que procede y al que gobernaba el difunto; ésta era una de las más importantes de la ciudad, la de la Corte o la del Mercado. Allí aparece una cama, el elemento sustentante del ataúd, recuerdo de los primitivos túmulos funerarios erigidos en honor de los césares romanos. El ataúd vacío es el símbolo del poder real, el pretexto para la ceremonia, la representación del monarca en el mundo en que vivió. De esta forma se podía obviar la falta del cuerpo real, precisado por la sociedad misma y el ritual. La cama como lugar del postrero descanso que es la muerte, sostén del "cuerpo" real durante la ceremonia de su despedida cívica; igualmente como lugar preeminente, destacado, sobresaliente en altura, como representación de la persona real y su gran dignidad: lo alto frente a lo bajo, lo superior frente a lo inferior, marcan la dualidad entre lo bueno y lo malo en las culturas indoeuropeas⁷.

En los funerales de Juan II, en 1454, sabemos que la cama del ámbito civil fue colocada en la casa de la Corte, sin que se aclare si dentro o fuera, siendo ésta lo más honrada posible y sirviendo para sostener las andas y el ataúd, todo envuelto en los más ricos paños negros que se pudieron encontrar. Al príncipe D. Alfonso, que el concejo de Murcia había reconocido como rey, se le hizo en 1468 otra cama similar, también en la casa de la Corte. El mayordomo pagó a tres hombres y al aguacil para que de casa de un regidor se trajesen vigas, bancos y otras maderas para hacer la misma; pero además se realizaron una serie de obras complementarias, era el mes de julio y se hubo de emparamentar la casa consistorial, situándose un entoldado en su fachada, igualmente se construyó un entarimado, probablemente con escaños, destinado a ubicar al adelantado, justicias, regidores, jurados y gente honrada de la ciudad; las paredes se cubrie-

6 Sobre la función de estas plazas y barrios, es significativo el hecho de que cada una abarcase un determinado contexto dentro de la ciudad. La plaza de Santa Catalina, está en el barrio de mayor actividad mercantil; figuran en él muchos mercaderes y tratantes de comercio, también destacan los artesanos y sobre todo los sederos. San Bartolomé es el centro neurálgico de la confluencia de las dos calles principales de la ciudad, la Trapería y la Platería. La plaza de la Corte, aparte de la casa concejil, servía para la administración de justicia, también era la residencia del alguacil y la sede de la cárcel (Roselló Verger, V. M. y Cano García, G. M.: *Evolución urbana de la ciudad de Murcia (831-1973)*, Murcia 1975, pp. 52-72).

7 Le Goff, J.: *Lo maravilloso y cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, 1985, pp. 42-43; Nieto Soria, cit., p. 108; Arce, J.: *Funus Imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos*, Madrid, 1988, pp. 35-59.

ron de mantas negras, al igual que las de la catedral⁸. Al príncipe Juan la cama le fue instalada en la plaza del Mercado, más espaciosa. Era alta, de ocho gradas, pero no lo bastante, así que sobre la misma se colocaron unas primeras andas cubiertas de seda negra, más luego unas segundas, cubiertas de paños negros, “como cielo en ruedo”; además se colocaron escudos de papel, con las armas del príncipe. La cama de Isabel la Católica fue todavía más alta, de 10 gradas, pero sólo contó con unas andas, cubiertas de luto, y en su interior el ataúd.

Partiendo de la escena inicial, comenzaba una procesión que conectaba los principales lugares de la ciudad para convertirla en un “continuum” escénico, en el gran escenario del teatro del mundo. En el funeral del príncipe Juan, el itinerario fue: partiendo de la plaza del Mercado se anduvo por la Trapería hasta la plaza de S. Bartolomé, pasando por la Platería, donde se hizo una representación semejante a la inicial. De ahí a Santa Catalina, reproduciéndose actos y llantos; lugar en el que se tomaron por el corregidor, regidores, jurados y caballeros 100 hachones de cera. Para seguir por la Frenería hasta la Catedral; en cuyo interior quedaron depositadas las andas, sobre la otra cama.

En otros funerales el recorrido podía variar, pero siempre abarcaba las principales calles y escenarios. Si la salida se hacía desde la plaza de la Corte, se paraba primero en la plaza de Santa Catalina, donde en ocasiones, y en el porche o en la misma iglesia, se celebraron reuniones concejiles; allí se desarrollaba una ceremonia similar a la primera, se emprendía un nuevo llanto, se rompía otro escudo y se seguía rasgando el pendón fúnebre. A mitad de camino entre la plaza de la catedral y la plaza de Santa Catalina se hallaba la plaza de San Bartolomé, cruce neurálgico de la actividad económica urbana; tercer escenario, tercer llanto, escudo y rasgado. El cuarto frente a la puerta de la catedral, actual plaza de la Cruz, abierta a la Trapería, principal calle de la ciudad con los más ricos obradores y tiendas. Al cabo de la cual se hallaba la plaza del Mercado, actual de Santo Domingo, y que además de la orden Dominica albergaba a la orden de las Clarisas; mientras que el convento franciscano estaba próximo a la plaza de la Corte.

En el último escenario tenía lugar el último acto, la última ceremonia, la religiosa. Esta se realiza en la catedral, debidamente aderezada y con otra cama. La catedral fue algo más que el lugar destinado a la celebración de un servicio religioso en memoria de un insigne difunto, se convertía en un enorme mausoleo, última morada de reyes y de poderosos, en un alarde de transformación del espacio arquitectónico según las necesidades. La segunda cama, igual a la primera, se situaba frente al altar mayor, capilla real funeraria.

Parece ser que en las honras por Juan II, D. Alfonso y Doña Isabel, la segunda

⁸ Veas Arteseros, C.: *La hacienda Concejil Murciana en el siglo XV (1423-1482)*, Universidad de Murcia 1989, microfichas, pp. 106-669.

cama también la pagó el concejo, pero en las del príncipe Juan el dispendio corrió a cargo del cabildo. En este espacio se colocaron 100 hachones de cera sobre un paramento que se disponía desde el altar hasta el coro, pasando por los pilares del crucero, al rededor de la cama y a la misma altura que ésta. Sobre la misma descansaban las andas y el ataúd, el “cuerpo”, a la vez que se depositaban los emblemas fúnebres, señeras, escudos y estoque.

Luego tenían lugar las vísperas y exequias, continuadas en este funeral por el príncipe Juan hasta que oscureció. Al día siguiente se realizó un servicio rezado por un provincial de los dominicos, sin cesar los llantos y otras manifestaciones de dolor y tristeza.

Esta ceremonia era tanto una rogativa por la salvación del alma del difunto como un acto de enterramiento. El círculo formado por los hachones encendidos, representa el “ónfalos” sagrado, el punto de contacto por donde el alma asciende, donde el vicario de Cristo retorna a su esencia. La luz que es conocimiento y sabiduría guiando al alma en su último viaje. La cama, el “cuerpo”, rodeada por el círculo, en el crucero a mitad de camino entre el norte y el sur, entre oriente y occidente, en el centro del mundo y bajo la bóveda celeste sostenida por los cuatro grandes pilares y enmarcada por los cuatro torales. A su frente no se puede encontrar mayor simbología, el altar mayor, con el “cuerpo de Cristo”, meta de la salvación del alma mediante el que se logra la unión del cuerpo real y del cuerpo divino. El obispo actuaba aquí como el gran intercesor, maestro de ceremonias. A su espalda, el coro, la clerecía que arropa con sus rezos el rito de consumación. Y en su entorno el mundo que deja, la gloria caduca⁹.

ACTORES Y DRAMA.

Veamos ahora qué actores fueron los protagonistas en esta obra teatral, preparada en tan magníficos escenarios y decorados, así como el drama que representaron. Al ser la ciudad el escenario, queda claro que los protagonistas fueron sus habitantes. Al ser el rey el centro de la trama argumental, es evidente que el asunto representado es el de las relaciones sociales; escenificándose las jerarquías en orden descendente, desde la cabeza que muere y se renueva, hasta el último de los súbditos que con su participación en el pesar colectivo muestra su sumisión a la monarquía y su inclusión en el entramado social, pasando por todos los grupos y clases sociales.

Retomemos los funerales del príncipe Juan, los mejor descritos, y presenciemos la representación.

El domingo la gente se ha congregado siguiendo el llamamiento concejil. Todos los vecinos y moradores de la ciudad, así hombres como mujeres, de cualquier estado,

⁹ Guriévich, A.: *Las categorías de la cultura medieval*, Madrid, 1990, p. 169 y ss.; Rapp, F.: *La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media*, Barcelona, 1973.

condición, preeminencia o dignidad debían acudir a las distintas honras y exequias, y permanecer en ellas hasta que fuesen acabadas. Los caballeros, hidalgos y hombres de honra con sus lutos de jerga o cañamazos; los restantes, labradores y demás de baja condición, con sus lutos de paños negros, o al menos con sus capillos puestos en sus cabezas. Igualmente las mujeres también debían acudir vestidas según su condición; las más honradas con sus mantos y tocas de lutos; las otras al menos con sus tocas negras.

Congregada la ciudadanía, civil, en la plaza y entorno a la cama, hacía acto de presencia la clerecía. Al frente el obispo, seguido del cabildo catedralicio y del clero regular. Desde ahí las descripciones normalmente nos trasladan a la procesión cívica, que se iniciaba reunidos los dos poderes públicos, el temporal y el espiritual. Pero en el caso del príncipe Juan fue aún más extensa la representación.

Una vez llegada la clerecía al cantón de la Trapería, al final del cual estaba la plaza del Mercado, hizo su entrada un mensajero montado sobre una mula, cubierto de jerga negra y dando grandes voces, era el heraldo de la muerte. A su encuentro salió un faraute¹⁰ que le preguntó las nuevas que traía, para luego transmitir las al concejo y toda la gente congregada, a grandes voces por la desdicha de la triste nueva. Dio comienzo el primer llanto, se quebraron los primeros escudos de ripia y se rezó el primer responso; de forma que cuando se inició, y aún durante el llanto, se tomaron las andas y comenzó la procesión.

Los escudos simbolizan el poder militar del soberano, se hacían en ripia o papel, eran de color negro y llevaban las armas del difunto. Su finalidad era la de ser quebrados en los distintos escenarios, como una despedida del soberano a su ciudad; muerto el gobernante sus atributos eran destruidos para dejar paso a los del siguiente. Los de papel, menos pesados, acompañaban sobre las andas al “cuerpo” al que representaban. El número de éstos varió con arreglo a las necesidades escénicas, se hicieron de tres a cuatro por el concejo, y de uno a dos por las aljamas de moros y judíos; aparte de los de papel. Al príncipe Juan además se le confeccionó uno alargado para ser acompañado de un estoque, mas otros tres negros para ser cubiertos. Aparte de los escudos, otro elemento simbólico imprescindible en la procesión era el pendón. Representaba al poder político, también estaba pintado con las armas reales y hecho de lienzo negro. Su finalidad, ser rasgado, como los escudos, en representación del fin del gobierno del mundo. Acompañaban al pendón fúnebre el de la ciudad y el real, como constatación de la continuidad de la monarquía. Al príncipe Juan se le hicieron dos señeras fúnebres con su divisa y la siguiente inscripción: “Nos juvenen exanium et nihi iam selutibo ullis deventem et vano inesti comitaium et honorem”.

10 Entre los diversos significados de este término, el de mensajero, parece el más apropiado; pero aquí podría resultar quizá más sugerente el de introductor que recita el prólogo en la comedia (*Diccionario de la Lengua Española*, R.A.E., Madrid, 1992, p. 672).

Se incluían en el desfile procesional ocho caballos cubiertos de jerga y conducidos de las bridas, con la diestra, por hombres enlutados; las dos señeras negras con las divisas e inscripciones las llevaban dos caballeros a caballo, cubiertos los cuatro de jerga; los tres escudos con las armas pintadas y los otros totalmente negros destinados a ser quebrados estaban sostenidos por caballeros a pie; el escudo alargado y el estoque que los portaban dos caballeros enlutados y a caballo, el uno en la mano izquierda el otro en la derecha; el pendón real debía ir siempre derecho y sin bajarse, erguido por un regidor vestido de jerga y a caballo; los escudos para ser cubiertos los llevaban tres jurados a pie.

Los mudéjares, y antes de su expulsión también los judíos, acudían envueltos de jerga, con sus libros sagrados también tapados por el luto; debían ir en la procesión delante de las cruces y clerecía, haciendo su llanto. Introducían la procesión en su parte cristiana 10 mujeres enlutadas de jerga, desfilando delante de todos los otros y anunciando cada acto; nos recuerdan las plañideras, empleadas desde los emperadores romanos. Venían luego las cruces, obispo, canónigos y frailes; el poder eclesiástico. Seguido por el civil. En primer lugar el real; los ocho caballeros y los ocho caballos, las dos señeras negras caídas, los tres escudos con las armas siempre en alto, las andas portadas por doce caballeros y cuatro pajes con hachones de cera en las esquinas, el estoque, el escudo y el pendón real. Luego el concejil; el corregidor, los regidores y los jurados, con los tres escudos negros, para ser quebrados en cada acto. Era ahora el turno de los ciudadanos. Encabezados por los caballeros y los hombres de honra; luego las demás gentes de la ciudad. Todos enlutados de jerga y cañamazo, hasta completar (se escribe) más de 2.500. Cerraban el desfile los que llevaban luto de paño normal, las dueñas y las mujeres.

De todos los aspectos del ritual funerario, el más sobresaliente fue sin duda la expresión del dolor colectivo por la muerte del rey. Momento propicio para que cada cual ocupase su lugar en la dramatización de este sentimiento, en función del lugar que se ocupaba en el ámbito social. También los mejor situados socialmente quisieron ser los más destacados en el lamento, los mejores súbditos. El luto tuvo así un valor esencial, representa la solidaridad de los vivos con el muerto, que en un gran gesto teatral se hacen partícipes del ambiente funerario; para ello se elegía el negro, el menos vistoso de todos los colores, y la jerga, la más basta de todas las telas. En los funerales de Juan II se desató la polémica porque el concejo sólo costeó la jerga de algunos, mientras que eran todos los que alegaban motivos para sentir la muerte real y pretender exteriorizarla¹¹. De esta guisa acudían todos los moradores de la ciudad, a participar y con-

11 El concejo acabó por encargar hasta 1.000 varas de jerga para repartir entre los ciudadanos, evidentemente sólo entre los más poderosos, que perdieron así la oportunidad de demostrar un verdadero dolor costeando los lutos de su peculio. Sobre el luto, Martínez Martínez, M.: *La industria del vestido en Murcia. (SS. XIII-XV)*, Murcia, 1988, pp. 444-446. Otras normativas de los Reyes Católicos impidieron al concejo que tomase de la sisa de la carne los cuantiosos gastos realizados en los lutos por el príncipe Juan, debiendo recurrirse sólo a los bienes de propios

templar el espectáculo, siendo ellos parte integrante de una actuación cuyo último fin era la reproducción del poder político, la perpetuación de una división social hecha a la medida de la clase dirigente; como se comprueba en el riguroso orden del desfile procesional y en los escenarios, preparados en función de la importancia de los actores, con sus entarimados, escaños y entoldados.

No sólo el vestuario, la ubicación en los desfiles o la colocación en los escenarios sirvieron para marcar las diferencias sociales. También obraron este efecto las escasas representaciones, sobre todo el llanto y las manifestaciones de dolor. Una vez recibida la noticia por la multitud congregada en la plaza, en el más puro efecto teatral, se sucedían los gestos de sorpresa, dolor e incluso desesperación; hasta el extremo de que quién de lejos oía este gran llanto y vocerío ponía gran temor y espanto. Todavía se podía llegar a una mayor expresión de tragedia, a un mayor grado de histrionismo; quiénes podían, golpeaban sus cabezas contra las andas o los escudos, hasta llegar a quebrarlos; los restantes se arañaban o mesaban sus cabellos. Cuanto más dolor, mejor vasallo. Incluso los frailes franciscanos y dominicos tenían que cantar y decir los responsos sin que cesasen los llantos.

CONCLUSIÓN

En el gran teatro de la vida que fueron los funerales reales medievales, no esperamos encontrar sentimientos verdaderos. La ceremonia se hallaba enormemente ritualizada durante el siglo XV, de manera que, más que para expresar un dolor colectivo, que a pesar de todo pudo estar presente, estas representaciones tuvieron otros cometidos, más fingidos, pero no menos reales.

En primer lugar que llegasen a oídos del nuevo monarca, del sucesor del difunto; no es de extrañar que los más espléndidos funerales murcianos fuesen los realizados en honor de los príncipes, en vida de los reyes gobernantes. Estos, a través de las noticias recibidas, podían comprobar la sumisión de su pueblo, en estos actos de pleitesía, e imaginar la pompa de sus propias exequias.

Aparte de un acto de sumisión a través del dolor exteriorizado, los funerales eran un acto de exaltación monárquica. El rito de la reproducción de una institución que no moría jamás, entremezclándose el dolor y la alegría. Dolor por el rey difunto, alegría por el nuevo rey; exaltación porque la monarquía no muere, la sociedad no pierde su dirección, el orden de las cosas se mantiene inmutable.

Este orden social, reflejo de las jerarquías existentes en el cielo, era fielmente reproducido en los escenarios, decorados, actores, vestuarios y actuaciones. Los fune-

(A.C. 1498, fol. 53; C.R. 1494-1504, fols. 35r-36r). Los Reyes dispusieron que de los propios concejiles sólo se pudiese vestir a los regidores y justicias, dejándose fuera incluso a los jurados. El pueblo costeó sus propios lutos, según sus posibilidades; estando especialmente obligados a vestirlos los judíos y mudéjares, como vasallos y protegidos de los reyes.

rales eran también ceremonias de reproducción social, donde se estaba porque se pertenecía a la sociedad (están todos los que son, son todos los que están). Pero esta pertenencia no era arbitraria. Cada uno tenía un cometido, una finalidad, y más que en ninguna otra ceremonia, en ésta de renovación cada cual estaba rodeado de un simbolismo estético que demarcaba su importancia dentro del colectivo.